

El humanismo mexicano como humanismo analógico

Mauricio Beuchot

Premisa

Seguramente nuestras reflexiones sobre el humanismo en la actualidad nos harán ver cómo se ha tratado de destruirlo o desconstruirlo (sobre todo Heidegger y el postestructuralismo); pero también, ojalá, esto nos haga reflexionar en que ahora se trata de reedificar algo, es tiempo de reconstruirlo. El humanismo es algo que se muestra necesario, a pesar de que haya sido muy discutible la forma en que se ha construido y realizado. Sobre todo, después de las mencionadas críticas al humanismo, se ha pensado que todo posible humanismo ha quedado pasado, que se ha vuelto obsoleto. Pero creo que es ahora cuando más se necesita replantear el tema. Principalmente en una modalidad nuestra, un humanismo para México, un humanismo mexicano. Ya tiene una gran tradición, pero creo que en él se cumplen y se aplica cierta analogicidad y cierta iconicidad, pues se nos muestra como un humanismo analógico-icónico, vertebrado en las nociones de analogicidad e iconicidad. Trataré de hacer ver por qué es analógico y por qué es icónico.

El humanismo mexicano es analógico porque, como trataré de evidenciar, es un humanismo que participa no sólo del humanismo europeo, sino también de lo que Bartolomé de las Casas supo captar como el “humanismo indígena”, esto es, un humanismo diferente, pero no tan diferente como para que se opusiera al europeo, por eso es un humanismo análogo a él, por lo cual lo veo como un humanismo analógico. Pero también icónico, porque la iconicidad es una de las formas de la analogía, el signo icónico es análogo, o analógico, y representa de manera icónica el contenido de un pueblo, de su pensamiento y de sus perspectivas de acción. Se piensa que el humanismo es algo peculiar de Europa, sin embargo, ha habido muchos humanismos, uno de ellos es el mexicano; y Samuel Ramos, en su libro *Hacia un nuevo humanismo*, de 1940, llama hacia un humanismo que surja de nuestra tierra y pueda reforzar al

europeo, que estaba caído por la Segunda Guerra Mundial. Por eso veremos un poco de su historia, y, finalmente, atenderemos a la posibilidad del humanismo mexicano entendido de manera analógica, o como búsqueda de la realización proporcional de las potencialidades del hombre.

Algunos hitos de la historia de esta idea

No voy a detenerme mucho en el humanismo renacentista europeo, que es de sobra conocido. Me centraré más en el humanismo mexicano que se da en el encuentro de los dos mundos, el europeo y el indígena, inmediatamente después del descubrimiento, en las discusiones sobre la evangelización y la conquista.

Es el pensamiento renacentista el que, tras el teocentrismo medieval, erige un antropocentrismo que da origen a la modernidad. Es la idea de pensadores como Gianozzo Manetti, Juan Pico de la Mirándola y Fernán Pérez de Oliva, pero también de muchos otros, que realzan la dignidad del hombre y lo ponen como una especie de dios en pequeño. No en balde resurge el símbolo del hombre como microcosmos, amo y señor del macrocosmos, por la ciencia que surgía y por los descubrimientos de nuevas tierras que se hacían. Es la autonomía del hombre respecto de Dios, de la ciencia respecto de la fe, de la filosofía respecto de la teología.¹ Es un pensamiento de dominio del mundo, por la ciencia y la técnica, pero también de disfrute del mismo, ya no de fuga de él; se lo disfrutaba por el arte y la conquista del mundo. Surgía una cultura cada vez más mundana y laica, ya no supeditada a la iglesia.² Con todo, no puede decirse que ese humanismo se opusiera a la fe, no era contrario a la religión cristiana, sino que trataba de compaginar el cristianismo con esa nueva situación.³ En definitiva, se trata de resaltar al "hombre natural", opacado por el "hombre espiritual" del medievo.

Esta alta dignidad del hombre fue puesta en diálogos y en otros escritos, que fueron numerosos. Llevó a utopías que trataron de ser plasmadas sobre todo en América. Se trató de establecer los ideales humanistas en el Nuevo Mundo, y no dejó de empaparse de aspectos de ese otro humanismo, que es el humanismo indígena, reconocido y recalcado por Bartolomé de las Casas,

¹ Cf. Luis Villoro, *El pensamiento moderno. Filosofía del Renacimiento*. México, FCE, 1992, pp. 25-26.

² Cf. E. González González, "Hacia una definición del término 'humanismo'", en *Estudis*, núm. 15. Valencia, 1989, p. 49.

³ Cf. E. García Estébanez, *El renacimiento: humanismo y sociedad*. Madrid, Cincel-Kapelusz, 1987, p. 26.

por Sahagún, por otros narradores y cronistas de la gesta americana. Este humanismo europeo quiso ser trasladado acá de manera utópica por don Vasco de Quiroga, pero también por otros franciscanos que, con esa influencia de Moro y Erasmo, tuvieron la idea de refundar el cristianismo en el Nuevo Mundo, porque veían que en el viejo ese cristianismo estaba muy deteriorado. Pero en ese entrecruce de los dos humanismos, el europeo y el indígena, surgió un humanismo nuevo, híbrido, mestizo, que podemos llamar humanismo mexicano, y que puede enseñarnos aún muchas cosas, para renovar nuestros humanismos actuales, muchos de ellos en grave crisis por la desconstrucción posmoderna del hombre mismo.⁴

Además de la ciencia, que nacía, y de la técnica, que se desarrollaba, hubo, como se sabe, un renacimiento de las letras clásicas, *litterae humaniores*, como las llamaban. Pero también de la filosofía y de la teología. Ambas se centran más en el hombre, y a través de él llegan a Dios. Los logros de la humanidad llevaban a la divinidad. Sus grandes pensamientos y sus grandes acciones (sobre todo las del Nuevo Mundo). Por eso fue importante la historia, para registrar esos hechos, y también la filología, para recuperar el pasado de oro. Los que cultivaban esas letras humanas eran llamados humanistas, para diferenciarlos de los escolásticos, apoderados de las universidades, mientras que los humanistas buscaban los colegios o las cortes, u otros ámbitos. A veces se trata de oponer mucho la escolástica y el humanismo, aunque en muchas ocasiones se combinaron ambos tipos de pensamiento.⁵ En particular, esto es lo que veremos que sucedió mucho en América.

Este humanismo fue de la mano de la modernidad, pero tuvo muchos críticos. Sobre todo se le criticó en tiempos de crisis muy profundas, por ejemplo, por Nietzsche y Spengler, y muchos de los pensadores nietzscheanos no se contentan con eso, y hablan de la muerte del hombre, de la imposibilidad del humanismo, como lo hace, entre otros, Heidegger.

El humanismo novohispano

En México hubo una fuerte presencia del humanismo renacentista, que dejó su impronta y una lección muy importante para nuestro tiempo. Es un humanismo analógico e icónico.

⁴ Mauricio Beuchot, *Historia de la filosofía en el México colonial*. Barcelona, Herder, 1996, pp. 54 y ss.

⁵ Cf. E. González González, Joan Lluís Vives. *De la escolástica al humanismo*. Valencia, Generalitat Valenciana, 1987, pp. 159-165.

Por un lado, Julián Garcés, que fue elogiado por Nebrija, el gran humanista español.⁶ Vino como primer obispo de Tlaxcala-Puebla, abandonando su gran reputación de retórico, gran predicador en latín, y vino a donde ni siquiera podían entender castellano: los indígenas. Cuando acá había muy pocos libros, él tenía las obras de san Agustín, anotadas de su mano; y cuando se las pidió prestadas Zumárraga, primer obispo de México, lo concedió diciendo que no necesitaba vejigas para nadar, que le bastaba lo que había estudiado para predicar. Él mostró su saber humanístico cuando escribió una carta a Paulo III, en defensa de los indios, que es un modelo de carta en latín, en la que alaba el carácter de los indios y su buena disposición para las letras y las artes, con lo cual reconoce su racionalidad. Envío esa carta al papa, a través de fray Bernardino de Minaya, que iba a Roma, el cual aprovechó al general dominico, el cardenal Cayetano, para entrevistarse con el pontífice y entregarle la carta. Esa carta consiguió la bula *Sublimis Deus* y otras, en las que se reconoce la humanidad de los indios y se prohíbe, por lo tanto, su esclavitud. Fray Julián Garcés, obispo humanista, consigue que se declare esa racionalidad de los indios y se prohíba su esclavitud, aunque no fue cumplido del todo.

También Zumárraga estuvo bajo la influencia del humanismo.⁷ Leía la Utopía de Tomás Moro (del cual se dice que se inspiró en los relatos contenidos en las *Décadas*, de Pedro Mártir de Anglería). Según Silvio Zavala, se conserva un ejemplar de la Utopía anotado por Zumárraga. Éste se hizo célebre por unos pareceres en contra de la esclavitud de los indios.

También, por supuesto, don Vasco de Quiroga leyó a Moro, y se inspiró en su Utopía para los hospitales-pueblos, en los que recogió a los indios, que estaban dispersos tras la derrota y casi no podían subsistir. Los juntó en pueblos, les dio asilo y además los instruyó en toda clase de artesanías y oficios, en la agricultura, la ganadería, etcétera.⁸ Les dejó reglas para esos hospitales pueblos, que eran como escuelas, en las que, además de velar por la subsistencia y la salud de los indios, se les daba educación.

Seguramente por ellos leyó Las Casas la Utopía de Moro, ya que algunas veces se reunieron y se intercambiaban libros, dado que no había muchos. Las Casas había recibido el influjo del humanismo a través de los acompañantes flamencos de Carlos V, algunos de los cuales pertenecían al círculo de Erasmo. De ellos tomó ideas de renovación del cristianismo, y vio a los indios como la materia para ese ideal.⁹

⁶ M. Beuchot, *Humanismo novohispano*. Pamplona, Cuadernos de Pensamiento Español, 2003, pp. 21 y ss.

⁷ *Ibid.*, pp. 12-14.

⁸ *Ibid.*, pp. 14-18.

⁹ *Ibid.*, pp. 9-11.

Incluso algunos franciscanos, como Sahagún y Motolonia, estaban influidos por el milenarismo (patrístico y medieval) y se unía a la influencia erasmiana para plasmar los ideales renacentistas en el Nuevo Mundo. Esto se ve en Sahagún, en su regla cristiana breve.

También se detecta en los filósofos y teólogos universitarios. Fray Alonso de la Vera Cruz, uno de los primeros profesores de la recién fundada Universidad de México, que dejó el primer curso de filosofía impreso en América, tiene la influencia humanista.¹⁰ Este agustino tuvo mucho contacto con don Vasco de Quiroga, cuando estuvo en Michoacán, al punto de que éste lo dejó como vicario suyo cuando acudió al Concilio de Trento. Fray Alonso fue atento a las críticas que los humanistas hacían a la enseñanza escolástica y las aplicó en ese curso filosófico. Pero también hizo labor antropológica, estudiando las costumbres de los indios en lo tocante a los matrimonios, para decidir acerca de su validez.

Tomás de Mercado muestra su influencia humanista al traducir algunas obras de Aristóteles del griego al latín, ya que el griego era poco frecuente entre los puramente escolásticos.¹¹ Además, escribe una Suma de tratos y contratos, sobre la justicia conmutativa, que es un clásico de la economía, según los historiadores. Lo mismo se observa en los jesuitas del XVI, que en sus colegios tratan de plasmar un humanismo de la contrarreforma, en la enseñanza de lenguas y literaturas clásicas, así como de la retórica. Antonio Rubio, a principios del XVII, lo concretiza utilizando el texto aristotélico para comentarlo, y no sólo exponerlo como se hacía en los manuales escolásticos.¹²

Este humanismo se ve en el siglo XVII, por ejemplo, en Carlos de Sigüenza y Góngora y sor Juana Inés de la Cruz. En Sigüenza tenemos un claro ejemplo de esto, en su Teatro de virtudes políticas, que presentaba dichas virtudes con personajes que las ejemplificaban. Y lo usual era poner ejemplos tomados de los reyes griegos y romanos, sobre todo de estos últimos; pero él toma ejemplos de los reyes indígenas, que se señalaron en tal o cual virtud. En sor Juana se ve por el uso que hace de la mitología grecorromana en sus poesías y obras de teatro. En ellas también mezcla elementos indígenas y de los negros. Se da, así, un humanismo mestizo, que se integra con elementos tanto de la cultura europea como de la indígena, en una nueva síntesis.

Esto continúa en el neoclásico del siglo XVIII, con los jesuitas, que tomaron mucho del pensamiento moderno, tanto de la ciencia como de la filosofía, a pesar de los obstáculos que se les opusieron. Claro ejemplo de ello es el Poema heroico, de Diego José Abad, escrito en un latín muy cuidado y con una gran

¹⁰ Ibid., pp. 63 y ss.

¹¹ Ibid., pp. 71 y ss.

¹² Ibid., pp. 50-52.

erudición literaria clásica. Pero sobre todo en la Historia antigua de México, de Francisco Xavier Clavijero, con discursos en los que se defiende la cultura indígena, es decir, el otro humanismo, el humanismo indio, con lo cual se preserva ese humanismo mestizo que se ha mencionado.

Y llega hasta el humanismo más reciente, como el de Samuel Ramos, que, en su libro *Hacia un nuevo humanismo*, de 1940, en plena Segunda Guerra Mundial, ante los horrores que se vivían en Europa, piensa que se va a rescatar el humanismo, y se va a dar uno nuevo, a partir de la América latina, que es la que todavía conservaba esa tradición humanista que de Europa provenía y en aquellas tierras se destruía de manera masiva.¹³

Crítica actual del humanismo

Recientemente, el humanismo ha recibido fuertes críticas desde diferentes ángulos. Uno de ellos ha sido el de Heidegger y otro ha el del postestructuralismo. Se ha llegado a considerar que ningún tipo de humanismo es ya posible, tras la muerte del hombre. Esto se ha visto como algo resultante del triunfo de la tecnocracia y como la muerte del sujeto.

Veamos primero las críticas que le dirige Heidegger y por qué declara imposible el humanismo.¹⁴ Este autor dice que el humanismo tiene como enemigo acérrimo la técnica. Si la técnica vence, el humanismo pierde y desaparece. En la tecnocracia, la gente cree que la técnica va a responder todas las preguntas, y va a orientar de todas las formas. Así, la metafísica y el humanismo salen sobrando. Lo que hacía el humanismo, que es resaltar la dignidad del hombre, hacerle ver sus potencialidades y orientarlo hacia sus logros y su propia realización, será encomendado a la técnica. Ésta, por supuesto, no podrá satisfacer esas demandas; pero será tarde cuando la sociedad caiga en la cuenta de ello. Ella construirá la imagen del hombre, una imagen del hombre como máquina, como robot. La técnica es legítima, pero en sus justas medidas, y, cuando las rebasa de esa manera, lleva al hombre a una masificación, a una muerte lenta. Así, la técnica, mal empleada, acaba con el humanismo.

En un humanismo correcto, la técnica puede encontrar sus justos límites, su lugar exacto, y ayudar al ser humano en su realización; pero el uso que se le ha dado en nuestra sociedad contemporánea, consumista y tecnocrática,

¹³ Samuel Ramos, "Hacia un nuevo humanismo", en *Obras completas*. 2a. ed. México, UNAM, 1985, pp. 3-14.

¹⁴ Cf. Antonio Marino López, "Historicismo y filosofía política: reflexiones sobre *Gelassenheit* y *Phrónesis*", en *VV. AA., Ensayos filosóficos*. México, UNAM, ENEP Acatlán, 1991 (Cuadernos de investigación, 15), pp. 47-57.

ha lesionado gravemente al humanismo. Pero ahora, más allá de Heidegger, el postestructuralismo ha decretado la muerte del hombre, y, con ello, la muerte del humanismo. Se rechaza al sujeto, se dice que se ha diluido; por obra de la historia, la etnografía y la psicología. La historia ya no estudia personajes, sino movimientos de masas; la etnografía no estudia individuos, sino poblaciones, y la psicología, sobre todo el psicoanálisis y, en ese contexto francés, el lacaniano, han dejado fuera al sujeto. No sólo eso, Foucault habla de la muerte del hombre, que corresponde, claro está, a la muerte del sujeto, y eso conlleva la muerte del humanismo. De hecho, estamos viviendo, en esta globalización tan desafortunada, un ocultamiento del sujeto, del hombre, del humanismo. Baudrillard y Lipovetski han hablado de una deshumanización, de un vacío en el hombre. Lyotard ha hablado incluso ya de un antihumanismo.¹⁵ Este consumismo tecnócrata está negando la dignidad del hombre. El único valor que queda es el de cambio, de compraventa; ni siquiera el valor de uso, que es más noble. Con esto vemos que el verdadero enemigo del humanismo no es la metafísica, ni siquiera la técnica en sí misma, sino la tecnocracia del consumismo de la actual globalización.

Se habla de que el hombre tendrá cada vez más partes artificiales. Tal vez no asuste tanto esto, como el que tendrá el modelo de la máquina. Y, sobre todo, espanta lo que le pueden hacer los medios masivos de comunicación. En ellos se refleja la mentalidad de una sociedad. Ya se ha visto que el gran peligro en la actualidad para el humanismo radica en este tipo de medios: la prensa, la radio, el cine, la televisión y ahora la Internet, que llevan un mensaje deshumanizante a las personas de la sociedad. Sirven para inyectar a todos esta mentalidad egoísta y hedonista que hace juego con el consumismo, y éste es muy contrario al humanismo. Se pervierten los símbolos. En lugar de dar símbolos que llenen de vida al hombre, que lo llenen de amor y felicidad, se le dan símbolos que lo llenan de egoísmo y hedonismo, que de hecho lo dejan vacío, lo dejan contento pero no feliz, con el contentamiento de un animal confortable, pero sin la felicidad que da plenitud. Los esquemas de vida buena son más bien de triunfo y de prestigio, y están en función de lo que se alcance a consumir. El que acumula dinero es el que puede consumir, y éste es el que, según esta sociedad, puede sentirse pleno y realizado. El humanismo y la tecnocracia libran una guerra de símbolos, y el que está ganando es el consumismo tecnocrático. Para rescatar a los seres humanos, hay que oponerse a él, dándole símbolos positivos y dinamizadores. Ésta es una muy buena parte de nuestra labor como filósofos en esta época de crisis simbólica y de bancarrota del sentido.

¹⁵ Stuart Sim, Lyotard y lo inhumano. Barcelona, Gedisa, 2004, pp. 19 y ss.

Pero, como ya hemos visto, no hay un solo humanismo. Hay varios según las diversas culturas, pero tienen puntos en común, y habrá que partir de ellos para construir ese humanismo que se desea, que se espera. Por eso hablamos aquí de un humanismo analógico, esto es, que dé cabida a diversas aspiraciones, aspiraciones legítimas, que configuran la imagen de la felicidad, la cual no siempre es la misma para todos, la idea de buena vida o de vida buena. Pero se puede edificar algo en lo que todos lleguen a algunos consensos, y avanzar. Habrá diversos humanismos según lo que se propongan alcanzar como felicidad, como vida buena, según el modelo de hombre con el que laboren.

Libertad, realización, dignidad, es lo que deseamos para el ser humano, es lo que pensamos como contenido esencial y básico de un humanismo, del humanismo por venir, por hacer. Es el ejemplo que recibimos del humanismo mexicano, analógico, en el que confluyen varias culturas, pero llegan a construir una base común.

La edificación del humanismo

De hecho llega uno a convencerse de que lo que más atrae de un sistema filosófico no son tanto los argumentos que ofrece, sino la imagen o paradigma de hombre que propone, a la que lleva. Si se ve que ese hombre allí representado es feliz, pleno de realización y satisfecho, es poderoso impulsor para que los seres humanos lo acepten. Pero también sucede que se llega a pervertir o desviar de la naturaleza humana, y se busca la felicidad en donde no la hay, el sentido en el sinsentido.

Ya ha habido, pues, concretamente en nuestra patria, una tradición de humanismo. De una manera muy apretada, podemos decir que trataba de conjuntar lo antiguo con lo nuevo, la razón con la fe, la ciencia y la filosofía con la técnica y, sobre todo, educar al hombre mediante una imagen filosófica del mismo que mostrara las virtudes que debía tener para ser verdaderamente un ser humano. Virtudes teóricas y prácticas, y en las prácticas la templanza, la fortaleza y la justicia, acompañadas por la prudencia, que era intermedia o mixta. Ellas lo inclinaban a buscar el bien común, a integrar su felicidad personal en la felicidad común compartida, participada.

El humanismo mexicano, en cuanto humanismo, pondera y exalta la dignidad del hombre. Estudia con orgullo sus obras, tanto teóricas como prácticas. Trata de resaltar los aspectos buenos que el hombre ha mostrado en su historia pasada, y tiene fe en las que desplegará en el futuro. Se preocupa por la libertad del hombre y el uso preclaro de la razón. Se preocupa por construir el concepto de hombre, de naturaleza humana. Ese concepto es el que, en definitiva, labora en cada humanismo, es lo que cada humanismo supone, es lo

que cada humanismo se ha entregado a construir. Y la noción de hombre va de la mano de las virtudes que pongamos para él, con las cuales integrará la fuerza de sus pasiones, de sus emociones y de sus sentimientos, junto con las potencialidades de su imaginación y de su intelecto. Es el intelecto el que se encarga de encauzar nuestras fuerzas emocionales, instintivas o impulsivas. De ahí surgen las cosas a las que el hombre tiene derecho, un derecho natural, ya que son necesidades que brotan de la misma naturaleza humana, de la esencia del hombre. La cual el humanismo tiene que considerar.

Es tan importante el estudio de la naturaleza humana, de la esencia del hombre, que de él dependerá la construcción del humanismo que deseamos. Frente al inhumanismo, que deshumaniza al hombre pidiéndole sólo eficiencia, actitud acrítica y ahorro de energía, está el humanismo, que prefiere ver en el hombre libertad imprevisible, creatividad, disenso crítico, etcétera. Todo eso lo tenemos que recuperar, y eso constituirá nuestra imagen del hombre. Incluso del hombre nuevo, pues la globalización en la que vivimos amenaza con deshumanizar al hombre, y tenemos que rehumanizarlo, construir de nuevo lo que se ha caído, reconstruir, reedificar. Ahora más que nunca la filosofía tiene una tarea reconstructora.

Conclusión

En síntesis y conclusión, el humanismo nuevo, en cuanto humanismo, tiene que resaltar la dignidad y autonomía del hombre; y tiene que hacer compatible esa dignidad y esa autonomía con la marcha del progreso científico y tecnológico. Se trata de presentar un humanismo que busca la realización del hombre, darle sentido en su sufrimiento y su muerte, lo cual es, en realidad, dar sentido a la vida. Es un humanismo que invita a la madurez del intelecto y de la voluntad, a realizar sus obras y a que el hombre se realice a sí mismo, a ser libre de manera responsable, a crecer en la virtud y en la entrega a los demás. No puede ser, por ello, un humanismo egoísta ni hedonista, sino altruista o solidario y responsable o esforzado. Por eso muchos, que desearían este tipo de humanismo meramente subjetivista, piensan que no puede haber ya humanismo alguno, ya que para ellos se ha llegado a la muerte del hombre. Pero olvidan que el hombre ha estado ya muchas veces a punto de desaparecer, y siempre encuentra en su intelecto y su imaginación los medios para continuar, para sobrevivir. Uno de ellos es el sentido, y es algo que tenemos que brindarle desde la filosofía.

Para esta construcción de sentido para el hombre necesitamos de manera irrecusable el estudio de su naturaleza, de su esencia. Es algo que parece no tener fin. Cuando creemos acabar de conocer su esencia, surgen nuevas cosas

humanas, acciones y manifestaciones que no habíamos previsto. Por eso hay que atender a su historia. Es un conocimiento de su naturaleza que se da a través de su historia. Y es un conocimiento que alcanza la filosofía, para ver qué tipo de vida le conviene, qué tipo de vida le es más connatural, no para otra cosa. De este modo, podremos conocer lo que el hombre es, al menos de forma conjetural y aproximada, esto es, de forma analógica e icónica. De esto ya nos dio ejemplo y lección el humanismo mexicano, que laboró con varias culturas, y que llegó a integrarlas, a incorporarlas, al menos proporcionalmente, según cierta analogía.